

SANTAMARIA: LA NUEVA FUNDACION DE SANTA MARIA

Oscar Mata

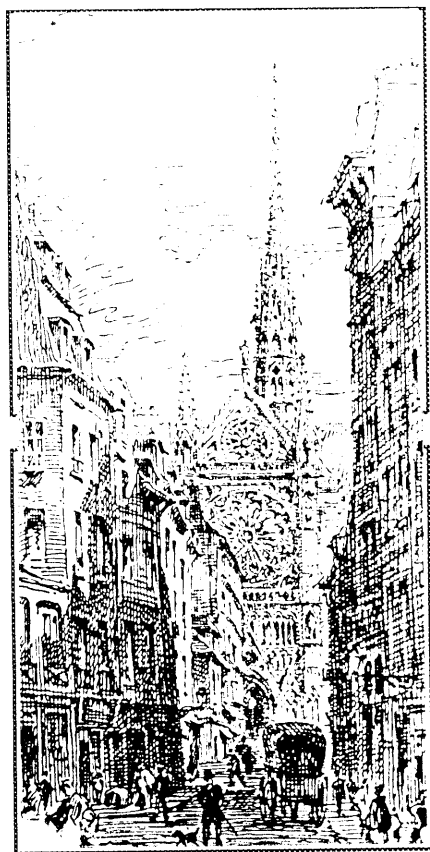
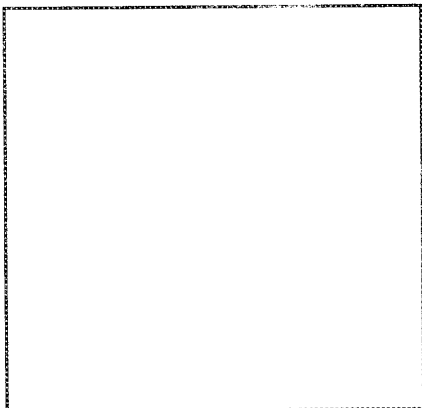
CUENTA la historia que el 3 de febrero de 1536, Pedro de Mendoza fundó el puerto de "Nuestra Señora del Buen Ayre", en la margen derecha del estuario de un río tan ancho como el mar, que fue nombrado el Río de la Plata, debido al color blancuzco de sus aguas. La fundación de Pedro de Mendoza consistía en un fuerte situado enfrente del pasaje después conocido como "Riachuelo de los navíos" y recibió el nombre de Nuestra Señora del Buen Ayre debido a que la expedición española había perdido el rumbo y un viento benévolo, un buen aire, llevó a las embarcaciones que la componían hasta el sitio en donde hoy se levanta la capital de la República Argentina. De regreso a la península ibérica, Pedro de Mendoza falleció y Domingo Martínez de Trala, conocido como "el capitán Vergara", despobló la ciudad llevando a sus habitantes a Asunción, situada a más de mil kilómetros de distancia. Poco tiempo después, el 11 de junio de 1580, Juan de Garay, con sus propios recursos monetarios, la vuelve a fundar, casi en el mismo lugar -ambos parajes se hallan separados por unos pocos cientos de metros-, y casi con el mismo nombre: "Ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de Santa

María de los Buenos Ayres". De esta forma, la ciudad más hermosa en que se han hablado el español y sus dialectos afines fue fundada y vuelta a fundar en un lapso de 44 años, fenómeno que se repite, casi exactamente en el mismo lapso de tiempo, con la primera ciudad mítica de la narrativa latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX: la Santa María onettiana, puesta en el mapa de las letras de la literatura hispanoamericana en 1950, con la aparición de *La vida breve*, y vuelta a surgir, tras un incendio que aparentemente había acabado con ella en 1979, 43 años más tarde, en este postmodernista y postconmemorativo del encuentro de dos mundos 1993, gracias a la publicación de *Cuando ya no importe*, del escritor uruguayo nacionalizado español -más exacto sería llamarlo escritor rioplatense, pues nadie como él ha recreado la atmósfera que se respira en las veras del Río de la Plata-, Juan Carlos Onetti. Si la urbe fundada por Pedro de Mendoza y vuelta a fundar por Juan de

Garay cambió levemente su nombre, que pasó de Buen Ayre a Buenos Aires, no debe extrañar que la ciudad erigida por Juan María Brausen y vuelta a proferir por Carr haya experimentado el mismo fenómeno y ahora se llame Santamaría; cualquiera que sepa algo de transformaciones lingüísticas dirá que se trata de un hecho normal, tan común como las repeticiones en la historia.

La Santa María onettiana proviene del Jefferson en Yoknapatawpha de William Faulkner, la principal influencia en la obra del escritor montevideano, y se continúa -siguiendo las enseñanzas de quien escribió *Santuario*- en la Comala de Juan Rulfo y el Macondo de Gabriel García Márquez, con las características geográficas que marcan los lugares de nacimiento de sus autores: la urbe rioplatense de Onetti es el pueblo en los altos de Jalisco de Rulfo y el poblado caribeño de García Márquez. Santa María es, para no pocos críticos sudamericanos, la ciudad que resume a Buenos Aires, Montevideo, Colonia y Rosario, las cuatro situadas a orillas del Río de la Plata y su principal afluente, el omnipresente, ancho y lodoso río Paraná.¹ En unas declaraciones Onetti se encargó de indicar cuál había sido su modelo: la ciudad de

Paraná, en la provincia argentina de Entre Ríos, situada a poco más de seiscientos kilómetros de Buenos Aires y Montevideo.² La provincia de Entre Ríos es una verdadera isla en tierra firme, ya que está completamente rodeada por varios ríos, y sus habitantes, a decir de Onetti, son los uruguayos de Argentina. Por otro lado, desde el punto de vista geográfico, la provincia de Entre Ríos tiene la más comunicada y cercana fron-



tera de Argentina con Uruguay; en muchos puntos los dos países son visibles el uno para el otro, pero nunca como en Entre Ríos se juntan. En uno de los capítulos, o "apuntes", iniciales de la novela, el correspondiente al 28 de abril (que va de la página 23 a la 25) se describen la huida de Carr de Monte, su desembarco en una mañana sanmariana y la vegetación -humedad con árboles, bosques y jungla- del lugar, típica de la pampa húmeda. No resulta difícil que durante su exilio en Buenos Aires, el nativo de Montevideo se haya valido de esa población, que tantos recuerdos y añoranzas felices le produjo, para crear la ciudad en que, a partir de *La vida breve*, habría de transcurrir la mayor parte de su obra narrativa. El origen de su nombre no es ningún secreto. En 1993, en los inicios del último de los trabajos onettianos publicado hasta la fecha, Carr (trasunto del autor de *Los adioses* y che oriental como él) se expresa así:

... preguntó si el nombre Santamaría me era conocido. Le dije que toda América del Sur y del Centro estaba salpicada de ciudades o pueblos que llevaban ese nombre.³

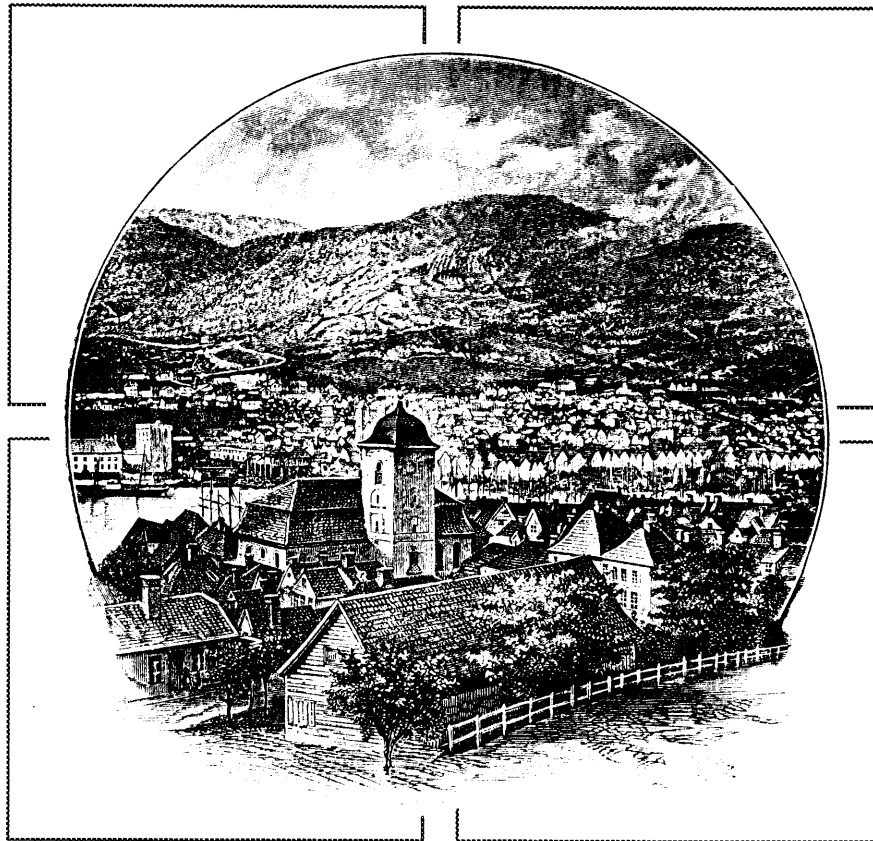
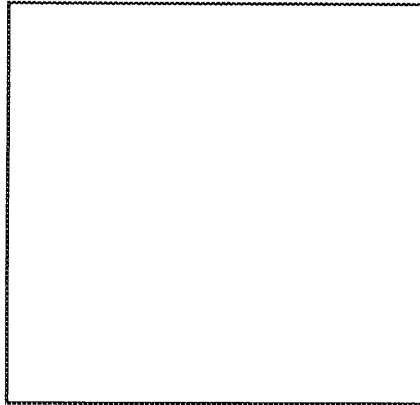
En cuanto a su significación, a lo que la ciudad representa, existe cierto consenso en considerarla una especie de urbe ideal, perfecta, no en vano el desdichado Brausen fue feliz ahí todo un día, "sin ninguna razón". Carlos Fuentes dice lo siguiente al respecto en su ensayo *Valiente mundo nuevo*:

La modernidad, que tan desesperadamente habíamos buscado desde la independencia... (está) ... sobre todo en la invención de las "ciudades inalcanzables", la lúcida conciencia de la distancia entre realidad y deseo, en las novelas del uruguayo Juan Carlos Onetti.⁴

Esta urbe singular fue concebida y creada por un hombre insignificante, diminuto, recientemente despedido de una agencia de publicidad, que trabajaba en un guión cinematográfico con el propó-

sito de hacerse de unos pesos. Juan María Brausen es su nombre, está casado con "la única mujer que sedujo o me sedujo a mí" y vive en un diminuto departamento de la calle Chile, al 600, en el barrio porteño de Montserrat, a pocas cuadras de donde un par de décadas más tarde Jorge Luis Borges se habrá de deshacer de *El libro de arena*. Brausen, sin embargo, al paso del tiempo habrá de convertirse en el dios de los habitantes de Santa María, cuya primera aparición, en el segundo capítulo de la primera parte de *La vida breve* es así: "una pequeña ciudad colocada entre un río y una colonia de labradores suizos, Santa María..."⁵

A partir de esta imagen, Juan Carlos Onetti escribió la llamada saga de Santa María, que se fue editando durante las últimas cuatro décadas y se compone -por lo menos- de catorce títulos, entre novelas, novelas cortas y cuentos. Los catorce títulos que anteceden a *Cuando ya no importe* (1993), donde el nombre cambia de Santa María a Santamaría son los siguientes: *La vida breve* (1950), *El álbum* (1953), *Historia del Caballero de la Rosa y la Virgen encinta que vino de Liliput* (1956), *El infierno tan temido* (1957), *(Para) Una tumba sin nombre* (1959), *La cara de la desgracia* (1960), *Jacobo y el otro* (1961), *El astillero* (1961), *Tan triste como ella* (1963), *Juntacadáveres* (1964), *La novia robada* (1968), *La muerte y la niña* (1973), *Dejemos hablar al viento* (1979) y *Presencia* (1986).⁶ El número catorce se refiere a las ficciones onettianas en las cuales aparece el término Santa María; sin embargo, la cifra bien podría ser mayor, ya que no pocas narraciones de Onetti se desarrollan en lugares de la región pampeana, que simboliza de manera admirable la creación de Juan María Brausen. Así, por ejemplo, Emir Rodríguez Monegal dice que el cuento "La casa en la arena", que originariamente fue un capítulo de *La vida breve*, sucede en Santa María. No obstante, el nombre de la mítica urbe brilla por su ausencia en el relato cuyo protagonista es Díaz Grey, el



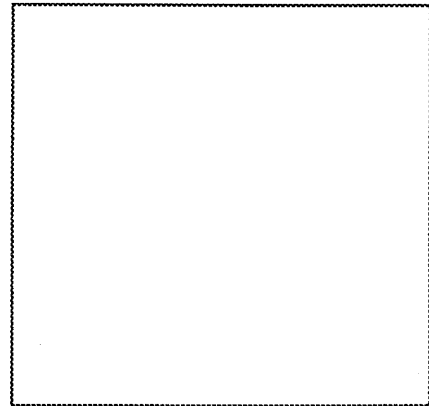
más célebre sanmariano, quien aparece "en el consultorio frente a la plaza de la ciudad provinciana".

En *Dejemos hablar al viento*, novela publicada en 1979, se produce un incendio que en apariencia consume Santa María. Tal impresión quedó en los lectores de Onetti, máxime que en sus dos siguientes libros *Presencia y otros cuentos* (1986) y *Cuando entonces* (1988) la mítica ciudad no aparece, excepción hecha del cuento "Presencia" y que al parecer fue escrito en los tiempos de redacción de la voluminosa novela. De cualquier forma, se trata, en primer lugar, de una mera mención, en la segunda frase del cuento que más que nada indica el final, la ausencia de la ciudad: "Para mí ya no había ni habría Santa María reconstruida ni *El liberal*".⁷

Varios miembros de la diáspora sanmariana editan un periódico, llamado *Presencia*, cuyos ejemplares le llegan a Jorge Malabia, personaje de rancia estirpe onettiana, desde distintas partes de Europa. Y a la ausencia de la ciudad se debe agregar la de María José Lemos, la mujer amada por Malabia: "Así, bebiendo y fumando, sin esfuerzo, fui viendo a María José salir de la biblioteca de Santa María y trepar al coche".⁸

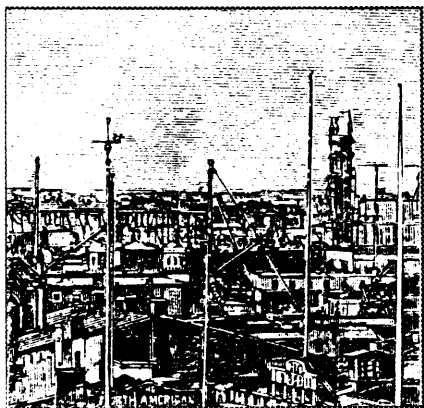
Finalmente la joven resulta una "desaparecida" de los milicos que "gobernaron" al Uruguay en la terrible década de los años setenta. Los otros seis cuentos del libro tienen lugar en España, donde el escritor nativo de Montevideo reside desde 1975, y en la región riopla-

tense, en ciudades con rambla, como Montevideo o Santa María, o la misma Barcelona, relativamente cercana de Madrid, su actual ciudad de residencia, pero en las narraciones no se menciona ningún nombre. Caso contrario sucede en la novela corta *Cuando entonces*. La acción se desarrolla en Lavanda, una ciudad cuyo nombre recuerda la denominación que se da al Uruguay: la banda oriental. Lavanda vendría a ser una recreación de Montevideo, a juzgar por los indicios ofrecidos por el mismo Onetti en el cuento "Justo el Treintaiuno" que con levísimos cambios pasa a ser el capítulo VIII de la primera parte de *Dejemos hablar al viento*, intitulado "Justo el 31". El cuento se transcribe casi íntegramente en el capítulo ya mencionado de la novela, con la casi única variante de que Montevideo es sustituido en un par de ocasiones por Lavanda, la ciudad de provincia que sirve de refugio a Medina, protagonista de *Dejemos hablar al viento*, y en



donde Lamas, protagonista de *Cuando entonces*, intenta vanamente olvidar a Magda.

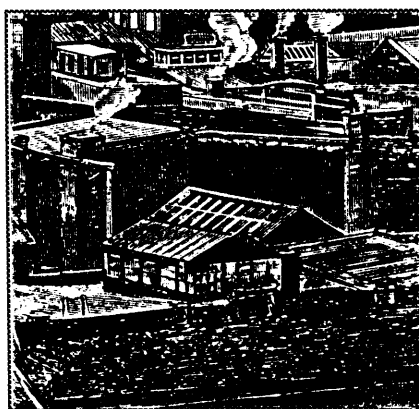
El hecho de que Santa María no apareciera en un libro escrito después del incendio, que dio inicio en la villa de emergencia, la ciudad perdida diríamos los mexicanos, de Enduro, llevó a pensar en el fin de la ciudad. Sin embargo, no ha sucedido cosa tal y en *Cuando ya no importe* la ciudad reaparece, aunque con



el nombre ligeramente cambiado: Santamaría. Más o menos a la mitad de esta nueva novela de Onetti se dice que el incendio sólo tocó unos "ranchos", casuchas, y la tienda del judío. Por lo demás, la ciudad ha continuado con su existencia y ha crecido, al grado que se habla de una Santamaría Nueva, en oposición a la Santamaría Vieja y también de una Santamaría Este, "un lugar, que sólo existe para geógrafos enviados"; todas ellas vecinas de la colonia Suiza que, tras tres generaciones de trabajo, se ha convertido en "una ciudad pujante, volcada al futuro, en constante expansión". Carr, el último de una dinastía que se inició con Linacero (*El pozo*, 1939), no deja de considerar una tontería al progreso material; aunque lo cierto es que el auge ha existido, pero no ha recalado en ninguna de las Santamarías, cuyos habitantes ahora viven del contrabando.

La reaparición de Santa María, con su nuevo nombre de Santamaría, se debe a Carr, un típico personaje onettiano, "herido de muerte por la vida", quien abandona Monte, una Montevideo convertida en una típica capital del Tercer Mundo, para incorporarse a una banda de contrabandistas, que opera en esta Santamaría, empedregada por la colonia Suiza. Si en 1580 Juan de Garay dividió la naciente ciudad en solares, que distribuyó entre 64 colonos, 11 españoles y 53 criollos, en la novela de 1993 Carr imita la acción que Brausen realizó en la novela de 1950: "Entonces me puse a distribuir destinos y pasados".⁹

Sin embargo, esta vez no se trata de la invención de una nueva ciudad, de un mundo nuevo, como un producto de la imaginación que conduce a una realidad mejor, sino de una verdadera huida de una urbe, Monte (video) y cualquier ciudad de Latinoamérica, donde tan sólo es posible, vía el trabajo casi esclavo y la mendicidad, la sobrevivencia. Por lo demás, en esta nueva creación los personajes guardan mucha similitud con antiguos entes salidos de la pluma del novelista montevideano: una prostituta, ya entrada en años y en carnes, de nom-



bre Eufrasia, que recuerda a La Checa, la vecina de Brausen en el edificio de apartamentos de la calle Chile, o a los cadáveres que levantaba y regenteaba Larsen; una niña que se convierte en nínfula, como las de "La larga marcha" y "La cara de la desgracia", llamada María Elvira, la niña rubia que a inicios de la novela juega con don Chon Carr y casi al final le envía una carta desde otro país. También reaparecen personajes de otras obras de Onetti; Inés, la hija del viejo Petrus, constructor del astillero y la más importante de las figuras creadas por Brausen en Santa María: el doctor Díaz Grey, el médico del braguetazo para los sanmarianos, a quien finalmente ha sonreído la fortuna, vía el legado de su suegro Petrus y el éxito del contrabando, y ahora se dedica a ejercer, más que nada para matar el tiempo, como forense: no en vano Santamaría se está vaciando de gente y en la actualidad tan

sólo es una colonia de la colonia de suizos alemanes, a tono con el destino colonial de la realidad que representa.

Los apuntes de Carr que dan pie a esta nueva aparición de Santamaría fueron, según su autor, revueltos; no obstante, en ellos se advierte una trama bien definida, que abarca cinco años. Onetti siempre ha declarado que la base de sus cuentos y novelas es la historia, la trama sobre la cual teje los destinos de sus personajes y la peculiar atmósfera, plena de humedad, de su obra. La historia de esta, acaso su última novela, es la reaparición de Santamaría, ahora ciudad que casi todos abandonan, pero una ciudad al fin. Los apuntes, fechados sólo con días y meses, al parecer abarcan cinco años, tiempo en el cual Carr se la pasa viajando de Santamaría Vieja a Santamaría Nueva. A pesar de tantos viajes, de tantos recorridos de ida y vuelta, jamás supo cuántas millas separan a las dos Santamarías, en cambio sabe que San Cono es el patrón de la ciudad cuyos habitantes siguen rezándole al "Señor Brausen". Carr vive en un mundo en descomposición, donde imperan la desidia y los corruptos; él, un hombre culto y melómano, contempla la decadencia cuando un Picasso, *La cortesana con el collar de gemas*, es sustituido por una insulsa exposición de pintores postmodernistas, apenas vislumbra la felicidad con la pequeña Angélica Inés, pero pierde la cercanía de la infancia cuando la niña es enviada a casa de un pariente; con posterioridad se acerca a cierta dicha, llena de lágrimas, furia y fealdad, con Mirtha, una prostituta, pupila del Chamamé, el burdel que sustituye al de Junta Larsen, quien resulta una mentirosa. Nada nuevo, entonces, de lo expresado por el autor de *El astillero* hay en este nuevo libro de Juan Carlos Onetti, tampoco algo que pueda ser dicho o escrito por alguien más. Se trata de la lúcida reescritura, de la nueva fundación de un mundo imaginado tan cierto como lo son los seres que lo pueblan y lo han poblado, las palabras que lo conforman. De

esta manera, no es gratuito que Carr pase revista a no pocas de las obras onettianas, con el auxilio de un Díaz Grey que "no podía pasar mucho de los 50 años" y bebe "malta" de 12 años y cognac. Así, un 10 de diciembre (pp. 140-143) el médico le refiere al relativamente nuevo sanmariano la historia del proxeneta danés, Junta Larsen, protagonista de *Junta-cadáveres*, a cuyo conjuro se desata una lluvia de historias onettianas:

Un vagar sin sentido comprensible por las arenas que rodeaban una casa, un infantil empeño en enterrar un anillo que debió estar unido a una historia amorosa y difunta; meses de drogas prescritas y usadas por tres o cuatro personas que se fugan disfrazadas, sumergidas en la estupidez de cantos, músicas y sudores hediondos de un carnaval ya añoso; un adolescente empeñado en dar sepultura cristiana a un chivo maloliente; un promotor de lucha libre, viejo campeón y vencido por combates y el tiempo, que resulta vencedor de un muchacho mucho más fuerte y joven sin que pueda explicarse por qué...¹⁰

A estos retazos de historias, correspondientes, entre otras, a *La vida breve*, *La cara de la desgracia*, *Para una tumba sin nombre*, Carr agrega, no sin tomar respiro, "la imposible historia de una muchacha que por despecho...", que corresponde a *La novia robada*, como una última pincelada de este mundo lleno de desgracia e infelicidad en el que, a pesar de todo, nosotros, figuras de algún dios desidioso, todavía somos capaces de crear belleza.

Hace casi medio siglo Juan Carlos Onetti escribió a un Juan María Brausen que recostado en la cama y rodeado de la humedad que emana del omnipresente Río de la Plata, inventaba una ciudad de provincias que mira a un caudaloso río, ciudad que marcó la entrada definitiva de la novelística latinoamericana en la modernidad; ahora, en plena postmodernidad, término que al uruguayo nacionalizado español no deja de causarle risa, acaso porque él es uno de los mejores

ejemplos de esa corriente, adopta la postura que él le confirió a Brausen y, con un océano de distancia, vuelve a fundar la mítica ciudad rioplatense, aunque ahora la humedad que lo acompaña no es la de ese río tan ancho como el mar, sino la de la lluvia que cae sobre la losa de su cuarto. De cualquier manera, esa humedad que siempre impregna el alma de los lectores de Onetti sigue estando presente.

Mayo de 1993

NOTAS

¹ Véase, entre otros, a Emir Rodríguez Monegal, Prólogo a *Obras completas*, Aguilar. México, 1970, pp. 9-14.

² J. C. Onetti, *Réquiem por Faulkner y otros artículos*, p. 197.

³ Juan Carlos Onetti, *Cuando ya no importe*, Alfajara. Buenos Aires, 1993, p. 21.

⁴ Carlos Fuentes, *Valiente mundo nuevo*, FCE. México, 1990, p. 22 (Tierra Firme).

⁵ Juan Carlos Onetti, *La vida breve*, Ed. Sudamericana. Buenos Aires, 1971, p. 18.

⁶ Los títulos y las fechas de publicación de las primeras doce obras que componen la saga fueron tomadas del documentado ensayo de Fernando Curiel, *Onetti: Calculado infortunio*, Premiá. México, 1984, p. 197.

⁷ Juan Carlos Onetti, *Presencia y otros cuentos*, Ed. Almarabú. Madrid, 1986, p. 7.

⁸ *Ibid.*, pp. 16-17.

⁹ Juan Carlos Onetti, *Cuando ya no importe*, Alfajara. Buenos Aires, 1993, p. 37.

¹⁰ *Ibid.*, p. 142.

